

CULTURA, INDIVIDUACIÓN Y ESCUELA. NOTAS PARA UN ESTUDIO DE LA CONCRECIÓN PERSONAL

Danilo Martuccelli
Université Paris Descartes, CERLIS-CNRS

RESUMEN

Partiendo de la pluralidad de texturas heterogéneas que componen la cultura actual, el artículo se interroga sobre las modificaciones que ello entraña en el proceso contemporáneo de individuación. La tesis central es que se asiste a fenómenos inéditos de culturalización y derelicción de las experiencias sociales, que tienen consecuencias importantes a nivel de la producción de los individuos. Una perspectiva que invita a sustituir, en un plano normativo, la noción de maduración psíquica por la noción de concreción personal. Una proposición teórica que abre a una nueva familia de estudios críticos en el ámbito escolar.

PALABRAS CLAVE: individuación, cultura, socialización, concreción personal, madurez.

ABSTRACT

«Culture, individuation and school. Notes for a study of the personal concreteness». Based on the plurality of heterogeneous textures that make up today's culture, the article studied the changes this reality entails in the contemporary process of individuation. The central thesis is that we are witnessing unprecedented phenomena of culturalization and dereliction of social experiences, which have important implications for the production of individuals. A perspective that invites to substitute in a normative dimension, the notion of psychic maturation by the notion of personal concreteness and that opens to a new family of critical studies about school.

KEYWORDS: individuation, culture, socialization, personal concreteness, maturity.

La cultura tiene una importancia mayor en el proceso de fabricación de los individuos, y la teoría de la socialización siempre se ha organizado en torno a la manera en que los actores interiorizan o incorporan modelos culturales. A este respecto, y sin lugar a dudas, la versión más construida desde la sociología, sigue siendo —y lo será aún por mucho tiempo— la teoría de la socialización propuesta por Talcott Parsons (1964). Pero la socialización no es la única manera en que puede concebirse el proceso de fabricación de los individuos. Al lado de ella, es posible diferenciar por lo menos dos otras grandes estrategias: la subjetivación y la individuación. Esquemáticamente,



la socialización estudia el proceso de fabricación socio-psicológico del individuo; la subjetivación aborda, en el marco de la sociología, el problema de la constitución del sujeto como el resultado de una dinámica socio-política de emancipación; la individuación se interesa, desde una perspectiva socio-histórica, en el tipo de individuo que es estructuralmente fabricado en una sociedad (Martuccelli, 2007a).

En lo que sigue nos esforzaremos en esbozar los vínculos entre cultura e individuación. Para ello, partiremos en un primer momento de lo que nos parece es uno de los principales cambios advenidos en el ámbito cultural, antes de interesarnos en extraer las consecuencias que esto implica para el estudio del proceso actual de individuación. En la medida en que el artículo diseña las etapas de un programa de investigación, desarrollaremos el argumento a través de una serie de tesis y corolarios.

Tesis n° 1: En la modernidad, la cultura debe ser estudiada privilegiando el conjunto de texturas diversas y plurales que la constituyen

1.1: Durante mucho tiempo, bajo la impronta del problema del orden social, los sociólogos consideraron que la cultura era una totalidad. En el paradigma funcionalista, por ejemplo, la cultura fue asociada a un universo normativo coherente y más o menos homogéneo y en el paradigma fenomenológico lo fue a un mundo de la vida que definía una reserva de significados comunes a todos los actores. El presupuesto de base era pues, más allá de las evidentes y reales discrepancias entre escuelas, la existencia de una adecuación entre una sociedad y una cultura. Y fue en tanto que la cultura y la escuela garantizaban esta función que consideraron como elementos fundamentales de la vida social.

1.2: La noción de la cultura es, como se sabe, particularmente polisémica. A veces, y en la perspectiva del estudio del individuo, se movilizan concepciones amplias, entendiéndose entonces la cultura como el modo particular por el cual los actores se interrelacionan y se representan el mundo en el cual viven. Una concepción genérica de la cultura que es indisoluble de otras dos grandes dimensiones, a saber, su aspecto jerárquico y diferencial (Bauman, 2002). Dentro de esta conceptualización global, es necesario subrayar para el mundo de hoy el tránsito de la representación de una cultura única y homogénea hacia una cultura concebida como un conjunto de texturas disímiles, almacenadas de múltiples maneras, y susceptibles de ser reactualizadas de distintas formas por los actores.

1.2.1: ¿Por qué la palabra «texturas»? Porque el término da inmediatamente cuenta de un aspecto central del universo simbólico: el hecho que vivimos en medio de un mundo donde existe una pluralidad de capas de significación. La cultura es un conjunto plural y heterogéneo de texturas. Esto quiere decir que en toda práctica social, en toda organización, hay un sinnúmero de texturas virtuales que exceden constantemente aquello que es efectivamente actualizado (Martuccelli, 2005 y 2007a). Las texturas son pues una especie de mil hojas de significados que se «almacenan» de múltiples maneras.

1.2.2: Los modos para describir este almacenamiento son, en sí mismos, objeto de investigación: algunos optan por un modelo de sedimentación histórica



bajo la forma, por ejemplo, de una suerte de palimpsesto —las nuevas texturas se imprimen sobre las antiguas sin anularlas del todo (Gramsci, 1978, 1991; Walzer [1987] 1990); otros sugieren un almacenamiento a través del modelo de los pliegues (Deleuze y Guattari, 1980; Latour, 2006) o del hipertexto (Ascher, 2000); los hay, por supuesto, que subrayan en el origen de esta pluralidad cultural la incapacidad estructural de los actores dominantes de incorporar todas las significaciones en una sola hegemonía (Williams, 1977) o la dimensión hermenéutica de toda cultura y por ende el problema de una arquitectura de sentido que no puede jamás ser equívoca (Ricoeur, 1969); y otros aun, en un lista en absoluto exhaustiva, movilizan la interdependencia propia de la era de la globalización y el hecho de que el individuo está obligado a reinterpretar elementos culturales foráneos o globales en contextos locales (Appadurai, 1996; García Canclini, [1989] 1990; Thompson, 1997). Resultado: en el ámbito cultural las fuerzas centrífugas priman sobre las capacidades centrípetas.

1.2.2.1: Demos una ilustración del punto precedente sirviéndonos de los lenguajes a partir de los cuales los individuos hablan de ellos mismos (Taylor, 1989; Bodei [2002] 2006). Las texturas culturales a las cuales pueden recurrir los individuos para dar cuenta de sus vidas personales es considerable. Sin embargo, cada actor individual no inventa estas texturas; éstas están a su disposición y cuando los actores hablan de ellos mismos uno percibe, en acción, esta pluralidad de significados, este mil hojas de texturas. Por supuesto, y en este caso específico, algunas de estas texturas tienen la impronta de la tradición psicoanalítica; otras proceden de matrices sociológicas, en las cuales se percibe, por ejemplo, la presencia de lógicas clasistas; pero también es posible detectar la presencia de elementos relativos a la muy antigua teoría de los temperamentos o de los humores; la visión del carácter moral; algunos elementos de la astrología, etc. (Martuccelli, 2006). El individuo no crea estas texturas, pero tiene a su disposición un conjunto plural de texturas que es capaz de movilizar a fin de dar una representación de sí mismo. Esto quiere decir que, en un momento dado, la representación que un individuo se forja no es sino una de las «n» dimensiones posibles que permiten expresar las texturas culturales de su tiempo histórico.

1.3: En la medida en que se reconoce que la cultura es un mil hojas de texturas heterogéneas constantemente a disposición del actor, la apertura cognitiva deja de ser un misterio. La razón de esta capacidad se encuentra, en última instancia, más en el exterior de los individuos (en el conjunto disímil de texturas que conforman la cultura objetiva) que en el interior de cada uno de ellos (creatividad o libertad humanas). El individuo es un actor bajo la forma de un *ars combinatoria* de texturas culturales (la analogía del caleidoscopio es así particularmente pertinente).

1.4: En resumen, la cultura debe ser considerada como una estructura relativamente independiente tanto de la realidad material (de la «morfología de la sociedad» como lo enunciaba Durkheim) como de las dimensiones subjetivas. La especificidad de la cultura, y el hecho de que su evolución y acción tengan que estudiarse, desde su autonomía, a partir de su funcionamiento interno y de sus interacciones con los eventos sociales (Somers, 1995; Alexander, 2000; Cabrera, 2001), es una transformación analítica mayor que, como veremos, introduce matices importantes en el estudio de la individuación.



Tesis n° 2: *Concebir la cultura como un conjunto distímil de texturas implica que ésta no puede continuar siendo movilizada unilateralmente como un pivote central de la integración social*

2.1: A diferencia de lo que durante mucho tiempo afirmó el pensamiento sociológico, para quien la cultura (ya sea por interiorización de normas o por incorporación de hábitos) era lo que aseguraba el ajuste entre la sociedad y la personalidad, la cultura posee cada vez más una función ambivalente. La constatación, empero, no es una novedad. Sin embargo, la mayor parte de los sociólogos se contentaron antaño con interpretar las desviaciones como anomalías marginales. Para el *mainstream* de la sociología, como Durkheim lo encarna de manera contundente, la cultura, a través del proceso de socialización, era lo que garantizaba el acuerdo entre las expectativas personales y las oportunidades objetivas. El proceso de fabricación de los individuos, gracias al operador de la socialización, debía conducir —salvo casos excepcionales— a un encastramiento progresivo del individuo en la sociedad. Las principales interpretaciones sociológicas de la escuela se hicieron en este marco (Dubet y Martuccelli, 1996).

2.2: Lo que se modifica profundamente, cuando se reconoce la existencia de un gran número de texturas diversas y opuestas entre sí, es la idea que la cultura pueda ser el cemento unívoco entre la sociedad y la personalidad. Y ello tanto más que, a diferencia de lo que supuso el pensamiento clásico, la cultura es hoy en día una máquina para producir una inflación increíble de expectativas individuales. La razón de ello no se encuentra, como algunos lo han podido afirmar, en la cultura del modernismo (Bell, [1976] 1982) sino que es una consecuencia más o menos directa de la impronta del mercado sobre la vida social. El mercado crea un conjunto de expectativas cada vez mayores, engendrando una desadecuación estructural entre nuestras aspiraciones personales y nuestras oportunidades objetivas. Evidentemente, el problema no es nuevo. Es esta desadecuación lo que Durkheim ([1897], 1995) llamó la anomia —el «mal del infinito»—, o sea, el hecho de que los actores tengan estructuralmente anhelos que la sociedad es incapaz de satisfacer. Pero eso que aterraba a Durkheim y a sus contemporáneos se ha convertido en un elemento de base de nuestra realidad. Los actores tienen expectativas que sobrepasan estructuralmente sus posibilidades de realización (Bourdieu, 1997). En un contexto de este tipo, las texturas, en su heterogeneidad, son un increíble agente de fisión social —puesto que engendran un sinnúmero de fenómenos de desadecuación y desarticulación.

2.2.1: La concepción de la cultura como cemento de la sociedad forma a tal punto parte de los presupuestos comunes de las ciencias sociales que es difícil expresar una opinión contraria. Sin embargo, la cultura en la modernidad ha cesado de ser *solamente* un factor de integración entre el individuo y la sociedad, y es *también* un factor activo, cada vez más frecuente, de fisión entre uno y otra. Pero ello no implica necesariamente, como lo propone la teoría de los sistemas sociales (Luhmann [1984], 1995), un abandono puro y simple de la problemática de la integración social en beneficio de la integración sistémica. Lo que cambia es el rol de la cultura en la sociedad y sobre todo en el proceso de fabricación de los individuos.

¿Cómo no ser sensibles a la formidable máquina de inadecuación estructural en que se ha convertido el imperativo del consumismo, que produce sistemática-



mente una inflación de expectativas, que tarde o temprano, y cada vez más temprano que tarde, se disocian de las capacidades reales que poseen los actores para satisfacerlas? La cultura engendra deseos que, inscribiéndose como expectativas en los individuos, instaura una distancia social y una frustración a veces generalizada en situaciones sociales incapaces de satisfacerlas. Una constatación semejante fue por lo demás establecida, tiempo antes, a propósito de los habitantes de los países del Sur. La apertura cultural de estas sociedades hacia el extranjero habría sometido a sus miembros a la impronta de un domino cultural desencastrado. Por los así llamados efectos de fusión y efectos de demostración, como lo enunció la teoría de la modernización en los años sesenta, los individuos desarrollaban expectativas que la sociedad se revelaba incapaz de satisfacer (Germani, 1962). Más recientemente, también se ha observado que el proceso de individuación alcanza en la globalización niveles de exigencia que las oportunidades sociales locales impiden realizar, a causa de la desconexión creciente que se instala, un poco por doquier, entre los lugares de producción de la cultura dominante y las regiones de su consumo (Thompson, 1997; Sorj y Martuccelli, 2008). En breve, la cultura aparece como un poderoso factor de disociación entre el individuo y la sociedad.

2.3: La importancia de este proceso es tal que la necesidad de nuevas distinciones analíticas se hace patente en la literatura especializada. Por supuesto, los individuos siguen siendo socializados a través de factores culturales que forman su personalidad, pero esta socialización opera en un contexto social en el cual la cultura posee cada vez más un rol ambivalente. Ella ya no es solamente la garante del acuerdo durable entre el actor y la sociedad (como lo fue con mucho en las sociedades culturalmente cerradas o aisladas), sino que aparece como un agente permanente de fisión.

Tesis n° 3: Lo anterior invita a colocar la estrategia de la individuación en el centro del estudio del proceso de fabricación de los individuos, autonomizándola de los trabajos sobre la socialización

3.1: Frente a los cambios actuales es necesario lograr dar cuenta desde otras bases de los procesos de fabricación de los individuos. En este proceso, las adaptaciones sociológicas de categorías psicológicas, como pueden ser el uso de patologías del alma para describir el período actual (Lasch [1979], 1980; Ehrenberg, 1998), el incremento de la reflexividad, en verdad, de las competencias cognitivas instrumentales (Beck, Beck-Gernsheim, 2001; Giddens, 1991) o las recientes articulaciones entre psicoanálisis y sociología (Zizek, [1999] 2001; Elliott, 2003) adolecen de una insuficiencia común. Estas versiones no logran autonomizar suficientemente la individuación con respecto a la teoría de la socialización.

3.2: La insuficiencia no es nueva. El razonamiento de la mayor parte de autores que tomaron la vía de la individuación fue en el fondo bicéfala. Por un lado, afirmaban y mostraron con éxito hasta qué punto el individuo es indisociable de un conjunto de procesos estructurales que explican justamente sus diferentes perfiles históricos (urbanización, monetarización...). Por el otro lado, cada vez que abandonaban el nivel



macro-sociológico para interesarse en los mecanismos efectivos y más singularizantes a través de los cuales se fabricaban individualmente los actores, lo hacían movilizando inevitablemente las teorías de la socialización. De Simmel a Giddens este ha sido el verdadero límite de las teorías de la individuación (Martuccelli, 1999).

3.2.1: Si el gran mérito de la teoría de la individuación ha sido el de haber podido dar cuenta de los procesos macro-sociales a nivel de los individuos, por el contrario, su capacidad para describir los diferentes procesos personales de individuación siempre sufrió de una serie de limitaciones. Tomar en cuenta este aspecto exige ampliar, circunscribiéndola, la dinámica de la individuación.

3.3: Con el fin de autonomizar el estudio del proceso de individuación es preciso recurrir a un nuevo dispositivo (Martuccelli, 2006 y 2010). La individuación en la sociedad contemporánea pasa por un conjunto de pruebas a las que los individuos están sometidos. Las pruebas son desafíos históricos socialmente producidos, culturalmente representados, desigualmente distribuidos, que los individuos se ven obligados a afrontar. Y como ocurre en toda prueba, los actores confrontados a ella pueden triunfar o fracasar.

3.3.1: Las pruebas son un dispositivo de investigación que permite al mismo tiempo hacer justicia al carácter abierto de su expresión y tener presente el carácter estandarizado y secuencial de su inscripción social (en función de las etapas de la vida, de los dominios abordados y de las posiciones ocupadas). El resultado de las pruebas es contingente a nivel de individuo, pero su organización y secuencia no es en absoluto aleatoria a escala de la sociedad.

3.3.2: El estudio de la individuación exige dar cuenta de la inscripción concreta de las grandes transformaciones sociales en las trayectorias individuales. Es evidente que ese proceso se complejiza en la era de la globalización. Y ello hace más y más necesario disponer de instrumentos de análisis que permitan establecer un vínculo entre fenómenos dispares. Y bien, el sistema estandarizado de pruebas se presenta como un compendio sociológico de una historia colectiva de vida. Designa una problemática histórica común a la cual están confrontados desigualmente los actores de una sociedad.

3.3.3: Para describir el modo de individuación propio de una sociedad, es necesario identificar un número reducido y significativo de pruebas. En efecto, aunque sea posible identificar una gran diversidad de mecanismos sociales, el estudio debe restringirse al examen de un número limitado de pruebas, consideradas particularmente significativas para una realidad histórica y social concreta. A veces, y en función de las sociedades, habrá que privilegiar pruebas de índole institucional (escuela, trabajo, familia); otras veces deberá dársele más peso a pruebas relativas al lazo social (relación a los colectivos, a las normas, a los otros); pero en todos los casos, las pruebas tienen una forma específica y distintiva para cada sociedad y período histórico (Martuccelli, 2006; Araujo y Martuccelli, 2012). Dicho muy concretamente, describir el sistema estandarizado de pruebas de individuación equivale a describir una sociedad histórica en su unidad. Un modo de individuación no existe sino en la medida en que está vivo el sistema de pruebas que lo forja.

3.4: El estudio de la individuación a través de un sistema estandarizado de pruebas permite poner en pie un modelo de análisis independiente de la socialización.



Tesis nº 4: *Asistimos desde hace unas décadas a un proceso de culturalización sin precedentes de la existencia. En la modernidad, la explosión de texturas culturales hace del vínculo con la realidad una experiencia central e inédita que marca todo el proceso de individuación, englobando así cada una de las pruebas. Es dentro de este marco general como deben estudiarse los efectos de la cultura en el proceso de individuación contemporáneo*

4.1: En el marco de la versión contemporánea de la experiencia moderna, la tensión *vivida* entre «realidad» objetiva y «experiencias» subjetivas describe mejor esta situación que la adecuación *cognitiva* entre las «palabras» y las «cosas». Y en el seno de esta inflexión, es un particular anhelo de realidad lo que mejor define una de las experiencias límites de nuestros contemporáneos.

4.2: Esta inflexión no puede ser leída únicamente como un reflejo cultural posmoderno de la lógica del capitalismo tardío (Jameson, 1991; Harvey, 1989). Estos trabajos tienen el gran mérito de insistir en el vínculo que existe entre la cultura y el poder, subrayando hasta qué punto la producción de los individuos no puede ser disociada de la autonomización de la cultura en la fase actual de financiarización económica (y la compresión espacio-tiempo, la fragmentación de experiencias y la pérdida de sentido de la realidad que la acompaña). Pero estos estudios tienen el defecto de reintroducir la idea de una totalidad societal animada por una lógica central y, por ende, y en el fondo, de ser incapaces de analizar la verdadera novedad que la culturalización en curso de la existencia introduce en la vida social y en la producción de los individuos, o de sólo hacerlo, como es el caso en Jameson, en la descendencia del modelo de la socialización.

4.3: La culturalización de la existencia transforma en profundidad el sentido de la experiencia social al modificar el valor de «realidad» que le toca a cada una de ellas. Es esta transformación lo que es más importante. Porque es ella, como lo detallaremos, la que da origen a un abanico de significaciones capaces de transformar el conjunto de la experiencia de un individuo y por ende el sentido de cada una de sus pruebas.

Tesis nº 5: *Al calor de la culturalización generalizada de la existencia, los dominios sociales poseen diferenciales de valor en términos de «realidad».*

La «realidad» —y el riesgo de derelicción— se convierten en un atributo diferencial de las pruebas y experiencias sociales

5.1: La realidad, como Goffman ([1974], 1991) lo ha mostrado, puede ser objeto de estudio para la sociología desde una perspectiva particular: menos como una interrogación sobre su «naturaleza» que como el fruto de una experiencia sobre la cual se imponen diferentes marcos de interpretación. La realidad es así más una relación que una sustancia. Al punto que lo real no se opone a lo irreal sino a un conjunto variado de experiencias que se definen por criterios distintos de realidad —juego, ritual, aprendizaje, impostura, experimentación... En breve, lo que interesa a la sociología no es saber qué es la realidad, sino el proceso por el cual se define el nivel diferencial de realidad de una experiencia.





5.1.1: Explicitemos mejor el punto precedente. Comencemos por distinguir, como es habitual, entre dos usos del término. Por un lado, la realidad está constituida por el conjunto de eventos que experimentamos o de objetos que manipulamos, y cuya diversidad de resistencias nos dictan el sentido liminar de lo que existe (llamémosla por convención y para facilitar la comprensión de lo que sigue —realidad 1). No es esta dimensión primera la que está en entredicho. Lo que interpela a los individuos es la constitución de una caracterización de la realidad, fruto de la culturalización en curso de la existencia, bajo la forma de un «manto» que envuelve un conjunto de cosas, lugares o experiencias y a los cuales se dota de un conjunto de atributos de valor (denominémosla también por convención —realidad 2). Las dos dimensiones, por supuesto, no se confunden entre sí, y la gran mayoría de los actores saben distinguir una y otra (digan lo que digan ciertos inútiles excesos posmodernos). Pero progresivamente la realidad 2 se convierte, en el horizonte desde el cual se evalúan las diferentes experiencias sociales vividas, en la realidad 1. Repitémoslo: no es la realidad entendida como dimensión primera de la condición humana lo que está en entredicho, sino los contornos específicos que toma la «realidad» en tanto que horizonte de evaluación en la modernidad (la realidad 2).

5.2: La rivalidad social entre grupos ha estado marcada, desde siglos, por la apropiación distintiva de ciertos valores y signos asociados a bienes materiales o simbólicos. En este proceso, como se sabe desde Veblen ([1899] 1970), le tocó a las capas superiores definir los cánones de juicio de los diferentes objetos o estilos de vida, puesto que es su modo de consumo el que termina por imponer el ideal normativo deseado y envidiado por todos los otros grupos sociales. Pero durante décadas, esta dinámica sólo pudo darse y vivirse dentro de ciertos límites materiales. Hoy, asistimos a una transformación y a una expansión sin precedentes de la lógica de la distinción social y sobre todo de la emulación que la comanda. En efecto, ya no son más únicamente los modos y los gustos de consumo de las clases superiores los que son objeto de envidia y de emulación, sino la globalidad de sus zonas de vida y de experiencia que se convierten, sigilosamente, en la medida desde la cual se evalúa (la realidad 2) el grado de realidad de todas las otras existencias. El motor del cambio se halla en el proceso de culturalización de la existencia.

5.3: Los individuos viven así sus vidas en medio de experiencias más o menos globales de derelicción. Desterrados de la realidad (realidad 2), están obligados a padecer, sin tregua, la prueba de la realidad (realidad 1). Y para muchos, y cada vez más, es el sentimiento de no tener acceso a la realidad (realidad 2), que marca, a contrapelo y de manera definitiva, la iniquidad de toda su existencia personal. Como lo veremos en un momento, esta dinámica es particularmente acuciante en el ámbito escolar.

5.3.1: En este contexto, algunos individuos acumulan masivamente experiencias de derelicción. Progresivamente su universo de vida pierde realidad (en referencia a la realidad 2), se deslegitima, y terminan por tener el sentimiento de estar encerrados en un mundo desprovisto de realidad en el cual empero viven. En algunos, el sentimiento de derelicción es tal que invade la totalidad de su existencia.

Sus vidas devienen paralelas a las de muchos otros, no sólo por la exclusión material a la que están sometidos, sino también por la derelicción existencial que los envuelve (Boulte, 1995). El mundo —su mundo— pierde valor y prestigio. Pero por lo general, los diferenciales de realidad trazan una línea de fisura que atraviesa, con grados distintos, todos y cada uno de los actores sociales.

5.3.2: La derelicción —la prueba del diferencial de sentimientos de realidad— diseña así una topografía de experiencias particulares en las cuales coinciden, en dosis apenas diversas y a pesar de diferencias sociales abismales, las amas de casa y su experiencia de encierro en lo que se vive como la irrealidad del espacio doméstico; los jóvenes y el sentimiento que los embarga de encontrarse sometidos a una inserción social interminable; las personas de edad y sus vivencias de reclusión en lugares invisibles; o tantas personas en situación de precariedad social y obligadas a transitar en universos de asistencia que son, más allá de la sola estigmatización identitaria, percibidos como zonas de derelicción. Pero cómo no evocar también, y tal vez sobre todo, tantos testimonios sobre la vida en los barrios periféricos de las grandes ciudades, esos lugares en los que la vida es diferente, bien diferente de la que se vive «allá», en la «realidad» (realidad 2), y en los cuales el tiempo parece no transcurrir, donde ayer, hoy y mañana son similares, asfixiantemente similares, tejidos de una misma trama repetitiva. Y ello no porque no se produzcan eventos o situaciones inopinadas, al contrario, todo puede pasar en todo momento, pero esta inquietud vital permanente termina por asemejarse como dos gotas de agua al aburrimiento y a la cadencia del tiempo muerto. El sentimiento de irrealidad engloba, aplasta y vacía a término toda la vida cotidiana (Martuccelli, 2001).

5.4: El imperativo propiamente moderno de realizar nuestras vidas da así subrepticamente lugar a una prueba existencial inédita y profundamente desigual. Mientras la vida, cada vida, se reafirme más en su singularidad irreductible, mientras su examen caiga más bajo el exclusivo imperio de la subjetividad, más se impone, de manera altamente paradójica, un modelo único de evaluación marcado, pero sólo de manera oblicua e imaginaria, por una nueva lógica de clasificación social. Nuestras evaluaciones existenciales se hacen cada vez más desde una curiosa medida en la que se mezclan aspiraciones imaginarias con criterios de clasificación y distinción social (realidad 2).

Tesis n° 6: A fin de singularizar el proceso de individuación en curso, es aún preciso añadirle al sistema estandarizado de pruebas y a los diferenciales de realidad producidos por la culturalización actual de la existencia, las consistencias sociales efectivas en las cuales los actores viven y desde las cuales enfrentan las pruebas

6.1: La culturalización de la existencia propia de las sociedades contemporáneas no debe hacer olvidar el hecho de que la vida social es una combinación permanente de texturas y de coerciones que definen la consistencia específica de toda situación o posición social (Martuccelli, 2005). Este juego de texturas y coerciones hace que todas las situaciones se caractericen por un grado más o menos grande de elasticidad o de maleabilidad resistente. Esta caracterización metafórica da cuenta



en efecto de la dinámica entre las posibilidades en apariencia ilimitadas de la acción (gracias entre otras cosas al juego de texturas) y los límites efectivos que encuentra (a causa de los coerciones sociales). La vida social no es ni un campo de fuerzas maleables a voluntad ni reductible a puros efectos de coerción. Es indisociablemente una y otra.

6.2: Lo anterior implica que todas y cada una de las pruebas se viven a partir de entornos sociales dotados de importantes diferenciales de consistencia.

6.2.1: A diferencia de la teoría de la socialización, en el estudio de la individuación por las pruebas son éstas las que dan sentido a muchas características sociales e individuales (en términos de género, edad, estado de salud, recursos materiales). Nunca directamente, pero siempre a través del juego específico de las consistencias sociales que rodean al individuo. La individuación en tanto que lógica estructural de estudio del proceso de fabricación de los individuos invita a poner el acento en las pruebas, y en sus declinaciones sociales, y no en los rasgos interiorizados o en las disposiciones de los actores.

Tesis n° 7: El proceso de concreción personal, una vez establecido el sistema estandarizado de pruebas propio de una sociedad, pasa pues por dos ejes. Por un lado, la necesidad de estudiar lo más finamente posible las ecologías sociales personalizadas propias de cada actor (variantes de consistencias) y, por el otro lado, la toma en consideración de los diferenciales de realidad en la que bañan las experiencias de vida de un actor

7.1: El primer eje confronta la sociología con el reto de establecer nuevas topografías sociales. Algunos trabajos se han abocado a esta tarea a partir de las características de los actores (Sen, 1992). Desde la perspectiva que desarrollamos en este artículo, este diferencial debe entenderse a partir de las diversas consistencias sociales que rodean a un individuo. Y ello es tanto más necesario que lo que se generaliza en el mundo actual es un complejo mosaico de zonas de vida dotadas cada una de ellas de dosis diferentes de derelicción o de consistencia. Las mismas situaciones merced a ciertas variaciones contextuales en apariencia menores pueden así, por ejemplo, obtener significaciones radicalmente distintas o inquietantemente similares.

7.1.1: Esquemáticamente a una dinámica macro-social bien reflejada por las posiciones estructurales (o las clases sociales) propias de la era de la globalización, es preciso añadirle por lo menos otros dos peldaños. El primero, de índole meso-social, puede ser designado como estados sociales: ubicaciones intermediarias que permiten a los individuos encontrar espacios transversales a las posiciones estructurales que, sin modificar objetivamente éstas, les dan empero la posibilidad de vivir sus existencias y de responder a los desafíos a los que están sometidos desde muy otras situaciones. El segundo, de índole micro-social, apunta a dar cuenta de las ecologías singularizadas a través de las cuales los individuos enfrentan las grandes pruebas de su existencia. Para describir estas últimas la noción de soportes es decisiva (Martuccelli, 2006, 2007b y 2010). Sólo la toma en consideración de estos niveles permite comprender los diferenciales de concreción personal observables entre los individuos.



7.1.2: La concreción personal de un individuo depende de la consistencia social que lo rodea y que en parte él moldea. El entorno de un individuo no es solamente un conjunto de factores objetivos ante los cuales éste no tiene ningún margen de acción. El individuo es —al menos en parte— actor de su posición social. En ella existen sin lugar a dudas factores macro-sociales ante los cuales sus márgenes son inseparables de procesos colectivos que escapan a su control (por ejemplo la mayor o menor fluidez de una estructura social y por ende las tasas de movilidad social según los períodos o las sociedades), pero otros factores, meso y sobre todo micro-sociales, son del orden de la iniciativa individual. Es éste el registro que apunta a ser descrito por una ecología singularizada de los soportes.

7.1.3: La naturaleza de los soportes que rodean a un individuo permite dar cuenta del nivel y la forma de concreción personal alcanzada. Si un actor posee buenos soportes podrá —al menos temporalmente— enfrentar experiencias o períodos de derelicción que comprometen su concreción. En este caso, su capacidad para soportar los eventos se inscribirá en un claro-oscuro donde cualesquiera que sean los elementos internos movilizados, encontrará en último análisis su razón de ser final en el entorno del individuo. Es pues el tipo de soportes (y la particular ecología personal que éstos diseñan) lo que permite comprender cómo y por qué frente a situaciones límites algunos actores «resisten» mejor que otros. Es esta ecología personalizada de los soportes lo que permite comprender, incluso cuando a nivel macro-social su universo o posición social se «diluye», cómo ciertos individuos resisten y enfrentan la existencia (Martuccelli, 2007a y 2007b; Caradec y Martuccelli, 2004).

7.2: Si la concreción personal es dependiente de las consistencias sociales que rodean a un individuo, ello no quiere decir que el individuo no tenga iniciativas en este registro. Lo que sí esto implica es que resulta imprescindible diferenciar constantemente entre consistencia social y concreción personal, y sobre todo, prevenirse de la falsa evidencia de individuos que lograrán salir airosos de la existencia porque han sido capaces de sostenerse heroicamente desde el interior (Martuccelli, 2007b).

Tesis n° 8: El proceso de concreción personal se contruye también desde un segundo eje, puesto que el trabajo de concreción personal es inseparable de la experiencia de realidad que envuelve global o parcialmente a un individuo

8.1: El anhelo de realidad (de acceder a la realidad 2) conoce un número muy importante de expresiones. Una de ellas, pero sólo una de ellas, puede ser asociada con el proceso de ingreso en la edad adulta. En la medida en que la vida adulta tiene en nuestras sociedades una pregnancia significativa mayor en términos de realidad que otros períodos de la existencia (casi siempre a causa de su asociación con la vida activa), es con referencia a su mayor o menor proximidad a este dominio como se juzga muchas veces, en un lógica bio-longitudinal, la mayor o menor realidad de una experiencia.

8.2: Lo anterior es particularmente evidente en el ámbito escolar. Aquí, contrariamente a lo que sucede en otros ámbitos donde se valoriza lo inmaterial, es



la experiencia y lo concreto los que reciben un suplemento de realidad (realidad 2), y se convierten así tendencialmente en valores mayores del proceso de aprendizaje y formación (Soulé, 2007). Por dos grandes razones. Por un lado, porque la experiencia, por ejemplo profesional, es más real, o sea, concreta, que los conocimientos escolares. Por el otro lado, porque la experiencia es más singularizante y personal que el conocimiento racional (que en su abstracción desingulariza el conocimiento haciendo justamente posible la intercambiabilidad de los actores). La experiencia, a la vez respuesta a este anhelo particular de realidad y singularización de competencias, subraya así que el valor se halla del lado de lo concreto. Al punto que, sigilosamente lo importante deja de ser únicamente asociado a lo útil o lo interesante, para ser leído en términos de lo abstracto y de lo concreto (Barrère, 1997). La valorización por tantos adolescentes del trabajo asalariado parcial (durante las vacaciones o incluso durante el año escolar) en detrimento de la experiencia escolar es un buen ejemplo de esta actitud: el trabajo, incluso mal remunerado o repetitivo, forma parte de la «verdadera vida» (Ballion, 1994; Dubet y Martuccelli, 1998).

8.3: El ámbito escolar no es el único dominio en el cual se observa una lógica de este tipo. En verdad, y como hemos visto más arriba, el corazón de esta lógica de diferenciales de realidad —y de esta experiencia de dominación ordinaria— es el de operar por radiación progresiva, irradiando de manera directa o colateral las vivencias sociales, desvalorizando algunas y marcando de derelicción otras, pero ubicándolas todas en comparación con una alteridad imposible e imaginaria (la realidad 2). Aquella que se vive en lugares-signos, bajo el imaginario de una intensidad permanente, sin tiempos muertos, gracias a la energía que transmiten y se despilfarra en los viajes, en medio de una sobre-actividad constante, que permite, como dicen algunos, vivir varias vidas en una sola. La búsqueda entre tantos adolescentes de una vida permanentemente intensa, sobre todo en el ámbito de las prácticas culturales extra-escolares, testimonia de su reacción visceral hacia una escuela que es vivida como sometida a un agudo proceso de derelicción con respecto a la verdadera vida (Barrère, 2011).

8.3.1. En su formulación la más fantasmática, esta zona global de vida y de experiencia, esta realidad, sólo concierne (si concierne...) a un muy pequeño número de individuos. Y aún más, ¿cómo no mencionar el hecho de que incluso aquellos que supuestamente residen en ella, estén igualmente asaltados por ese extraño sentimiento de que la verdadera vida está en otra parte? Las revistas sobre la vida privada de artistas y celebridades están llenas de afirmaciones de este tipo. Pero todo ello no impide, en absoluto, que sea esta realidad, este conjunto global de experiencias y de zona de vida, la que marque en cascada toda una serie de experiencias y de pruebas con un fuerte sentimiento de derelicción.

8.4: En resumen: si el sistema estandarizado de pruebas al cual está sometido un actor es común a todos los miembros de una sociedad, el nivel de concreción personal alcanzado es dependiente, más allá de lo que resulta del éxito o fracaso frente a las pruebas, de la realidad (realidad 2) experimentada por el individuo y de la consistencia social del mundo que lo rodea.

Tesis nº 9: En el proceso actual de individuación es preciso independizar el nivel de concreción de un actor de toda referencia a una lectura de matriz internalista

9.1: El nivel de concreción personal se encuentra condicionado, en última instancia, por el entorno social que rodea a un actor, y que le da justamente su diferencial de concreción personal en función del tipo y grado de consistencia social y de realidad. El ingreso en la edad adulta, por ejemplo, no debe así entenderse únicamente como un proceso de densificación psíquica del actor, sino como el resultado colateral de la circulación en ámbitos sociales particulares (con diferenciales de realidad y de consistencia específicos).

9.2: Lo anterior, en la ruptura radical que implica con una teoría de la socialización por etapas cronológicas, supone liberar la teoría de la individuación de toda dependencia analítica hacia el criterio de edad (y el naturalismo subyacente). Lo importante no es el diferencial de nivel de madurez psíquico entre el niño, el joven o el adulto, sino el hecho de que, un niño, un joven o un adulto se desensuelven en entornos sociales que poseen diferenciales de realidad distintos y están dotados de consistencias diversas. Es este proceso que explica, por lo demás, la licuefacción de los individuos cuando se encuentran sometidos a ciertas pruebas (adultos frente al desempleo o un divorcio, por ejemplo) o la madurez de ciertos otros (niños que deben asumir responsabilidades familiares importantes, por ejemplo). La concreción personal depende así de las capacidades del actor para enfrentar las pruebas a partir un entorno social particular.

9.2.1: En contra de una visión predominantemente internalista de la maduración (carácter, personalidad, etapas cognitivas...) es indispensable subrayar las dimensiones externalistas de la concreción (y el vínculo de éstas con los diferenciales de consistencia social y de realidad). Esto da cuenta en el fondo de las asociaciones que durante mucho tiempo fueron de rigor entre los primitivos y los niños (piénsese en ciertos pasajes de Freud o de Elias), las actuales polémicas sobre la adolescentización de la sociedad, o aun el carácter ingenuo de las mujeres... En todos los casos, cómo descuidarlo, el nivel de madurez no es sino un juicio de valor extraído a partir del diferencial de realidad y las consistencias sociales propias a una experiencia de vida.

9.3: A pesar de que todo individuo piensa haberse endurecido en la vida, y por ende alcanzado cierta madurez (y ello en acuerdo con las tesis internalista de la socialización), cada uno de ellos descubre, a veces de manera radical, que a causa de un cambio profundo de su entorno (nuevas pruebas, desclasamiento...) su «solidez» interna era un espejismo social dependiente de un entorno social y de sus consistencias.

9.3.1: La resiliencia a pesar del peso que algunos autores otorgan al entramado social de los individuos, opta, en el fondo, por la tesis inversa puesto que en último término la capacidad de resistencia reside siempre en el mismo individuo. Lo anterior no es sino una de las tantas figuras posibles. Otras veces, y el modelo de la maduración (o de la resiliencia) tiene dificultades en reconocerlo, un individuo a todas luces inmaduro puede enfrentar airoso pruebas difíciles que testimonian de una gran concreción personal. En verdad, sostenido desde el exterior por un gran número de soportes más o menos invisibles, pero fuertemente legítimos, no necesita



en el fondo (para decirlo de alguna manera) desarrollar una densidad psicológica interna. Su densidad es transmitida y sostenida por su posición estructural de privilegio, por los estados sociales de ingravidez en que desarrolla su existencia y los soportes que lo portan. Una figura mayor del poder social en nuestras sociedades como tantos líderes, stars, vedettes —manifiestamente inmaduros— lo ejemplifican de manera cabal en nuestra fase de modernidad.

9.4: En ausencia de soportes reales, la llamada al autocontrol moral es una forma *sui generis* de dominación social. Digámoslo de manera simple y esquemática: son casi exclusivamente los individuos ubicados en lo alto de la pirámide social, por lo general hombres activos, los que personifican el modelo prescriptivo de un individuo auto-sostenido desde el interior y ello porque, no sin paradoja, en la práctica se encuentran constantemente mantenidos desde el exterior por un sinnúmero de soportes. Pero para estos individuos sus soportes son tan legítimos que terminan por ser invisibles (empleo, ingresos, familia, prestigio...). A la inversa, mientras más baja es la posición social de un individuo, tanto más se encuentra forzado, prácticamente, a autosostenerse desde el interior, y tanto más hace la prueba de su incapacidad para lograrlo. Se trata de un eje social mayor al cual vienen a añadirse otros ejes de diferenciación, sobre todo en función del género y de la edad. En todos los casos, el imperativo es tanto más difícil de lograr en cuanto la obligación de autosostenerse desde el interior no se apoya sobre un correlato real en el mundo. Uno de los problemas fundamentales de la juventud se encuentra, pues, en la enorme tensión que viven entre estos dos procesos: los jóvenes son a la vez los principales destinatarios del discurso de la exigencia moral según la cual cada uno de nosotros debe autosostenerse desde el interior y está, en la práctica, particularmente desprovistos de soportes legítimos para ello.

Tesis n° 10: Toda teoría de la fabricación del individuo, ya sea de índole psicosocial o histórico-social, es indisociable en último análisis de una visión normativa del sujeto. La individuación por las pruebas invita a reconsiderar el ideal propio de nuestras sociedades

10.1: El individuo es indisociable de un conjunto de representaciones ideales, más o menos articuladas entre sí, que dan lugar a un conjunto finito de configuraciones de sujeto propias de toda sociedad (Araujo, 2009). En algunos contextos, la impronta de un modelo hegemónico permite incluso hablar de la existencia de figuras del sujeto en el sentido fuerte y unívoco del término.

10.1.1: En los tiempos modernos, nada ejemplifica mejor esta figura del sujeto que la representación del héroe ordinario. Por paradójico que parezca, el héroe fue, en el fondo, el modelo implícito de la teoría de la socialización. El individuo debía construir una conciencia moral que le permitía gobernar su vida desde el interior —una descripción cuya inverosimilitud ya fue observada, desde los años cincuenta, por Riesman ([1950] 1981)— y desde ahí hacer frente a los desafíos de la existencia. La historia del siglo xx ha mostrado la falacia de esta representación sobre todo en momentos cruciales de la vida política (persecuciones, desaparecidos,

totalitarismos, guerras, deportaciones...), donde la gran mayoría de individuos, en la casi totalidad de las sociedades, tuvieron una actividad pasiva o conformista. Y sin embargo, cómo no subrayarlo, frente a esas mismas realidades un grupo reducido de individuos resistieron (Terestchenko, 2005).

10.1.2: Es posible caracterizar un héroe como aquel que o bien logra endogeneizar en proporciones muy altas un soporte simbólico que le permite, en fases de licuefacción social, resistir desde el interior mejor que otros (algo que la teoría de la socialización subraya a justo título), o bien dispone de soportes personalizados que le permiten, en la particular ecología social que lo rodea, resistir a los eventos (algo en lo que insiste la perspectiva de la individuación como concreción aquí presentada). Pero cualquiera que sea la lectura elegida, en todos los casos se trata de una figura extrema, singular, rara y no de la figura mayoritaria. Y si toda perspectiva sobre el individuo debe dar cuenta de ella, es imperioso hacerlo respetando su dimensión *extra-ordinaria*. La mayor parte de los individuos no alcanzan niveles de concreción personal de este tipo. Un aspecto por lo general descuidado por las teorías de la socialización.

10.2: El sujeto, en su versión ideal, es aquel que es capaz, a través de un proceso particular de subjetivación, de enfrentar y de salir airoso del mayor número de pruebas —internas como externas. Internas: aquel que logra domeñar las pulsiones, las fragilidades, los traumas, los miedos a fin de dotarse de una solidez suficiente como para poder realizar su existencia. Externas: aquél que logra responder a los desafíos plurales de la vida social, ordinarios como extraordinarios, resolviendo, sin renuncia unilateral, la tensión central entre lo que le dictan sus ideales y lo que exige la realidad (Ferrara, 1998). El sujeto es un proceso abierto. Un trabajo permanente en el cual, sin duda, no hay razón de elegir entre el trabajo interno (que se encuentra en el corazón de toda teoría de la socialización) y el trabajo sobre el mundo exterior o sus efectos (como insiste la perspectiva de la individuación). Toda versión del individuo (¿es necesario afirmarlo?) incluye ambas realidades. Pero este equilibrio no es nunca equidistante de estos dos polos. Aquí está la verdadera diferencia. Según que prime uno u otro modelo, la descripción del proceso es a término distinta —por ende la figura ideal del sujeto.

10.3: Dada la importancia de la escuela en la teoría de la socialización, la toma en consideración de los diferenciales de concreción personal abre a una nueva familia normativa de crítica social.

Tesis nº 11: Es el ideal de sujeto implícito o explícito en una teoría lo que permite juzgar del éxito o fracaso de las trayectorias. En el marco de la socialización, el ideal del sujeto socializado es la madurez. En el marco de la individuación, el ideal de sujeto individuado es el nivel de concreción obtenido

11.1: El modelo de la concreción personal permite, como el criterio de madurez, pero sobre nuevas bases, establecer jerarquías y juicios normativos entre diferentes formas y niveles de individuación.

11.2: Frente al modelo del individuo comunitario, supuestamente fundido en el todo social, se habría desprendido un individuo moderno capaz de auto-sostenerse





desde el interior —maduro. En la práctica, esta ficción subjetiva y moral no existió sino en la medida en que el individuo se encontraba fuertemente inserto en una densa red social. La paradoja nunca ha sido mejor expresada que en la dos representaciones morales del sujeto presentes en la obra de Durkheim (1995 [1897]). Si por un lado no cesa de construir la idea moral de un individuo auto-sostenido por la interiorización de las normas, por el otro lado, nadie ha demostrado mejor que él hasta qué punto el sujeto sólo se mantiene a sí-mismo en la medida en que es mantenido desde el exterior. O para decirlo de manera más gráfica: la máxima representación del individuo sostenido desde dentro es el monje en reclusión, o sea, y sin ambages, el individuo mantenido desde el exterior por un conjunto coactivo de disciplinas.

11.2.1: La fuerza de este modelo permite a la tesis internalista de la socialización criticar toda veleidad de posición alternativa. El modelo de la concreción es en efecto descalificado porque, por un lado, impediría el establecimiento de jerarquías entre los individuos (en función de su mayor o menor grado de concreción) y por el otro, porque negaría la experiencia evidente de la maduración a lo largo de la vida. Sin embargo, la perspectiva de la concreción personal no conduce a un *impasse* de este tipo. Lo que subraya es el hecho de que en el juego entre lo interior y lo exterior sea necesario darle, en el contexto de nuestra experiencia de la modernidad actual, un rol mayor, en verdad diferente y nuevo, al entorno social.

11.3: Lo anterior obliga a pensar en otros términos el proceso temporal y biográfico de construcción del individuo. En la teoría de la socialización, la madurez es inseparable del ingreso en la edad adulta y este proceso es, a su vez, inseparable de un conjunto de procesos de interiorización de normas y de adquisición de competencias cognitivas. Es la sedimentación del pasado en cada individuo lo que retiene la atención. En el marco de la individuación, la concreción es inseparable de la concepción de un proceso temporal que acuerda más peso a los ámbitos sociales presentes en los que vive el actor que a las experiencias pasadas interiorizadas. La concreción personal es, a la diferencia notoria de la madurez, estrechamente dependiente de los diferenciales de realidad (realidad 2) y de consistencia social. La línea de demarcación entre la madurez y la concreción es clara. En el primer caso, el individuo es maduro, denso, más allá de sus avatares externos. En el segundo caso, por el contrario, la concreción y el espesor personal alcanzados están subordinados al ámbito social que rodea a un individuo.

11.4: «Crecer», por ende, no tiene la misma significación en las dos perspectivas. En la teoría de la socialización el hecho de crecer interiormente supone interiorizar experiencias que le dan un mayor peso al actor, incrementan justamente su madurez, dándole una densidad subjetiva más o menos fuerte. En la teoría de la individuación, por el contrario, crecer es alcanzar un nivel superior de concreción personal gracias a un entorno social más consistente y real, obtener —para decirlo de alguna manera— un espesor socio-individual mayor. La mayor concreción personal es inseparable de los ámbitos sociales (de los diferenciales de realidad y de sus consistencias).

11.5: En el primer modelo, y cualquiera que sea la vía elegida para describir la interiorización de la exterioridad, sólo es posible reactualizar, en el mejor de los casos, una teoría internalista de la maduración. En la segunda perspectiva, lo que se explora es una dialéctica socio-cultural de un nuevo tipo entre lo que

concierno al proceso de interiorización y lo que pertenece al orden del entorno. En la proposición que encierra este artículo, el acento está colocado en el entorno social. Es la verdadera división de las aguas y el precio a pagar para poner en pie una teoría consecuente del proceso de individuación que rompa amarras —y dependencias— con cualquier teoría de la socialización. El proceso de fabricación socio-histórica del individuo debe estudiarse independientemente del proceso de fabricación socio-psicológica del sujeto.

Tesis n° 12: La cuestión de la concreción personal permite plantear nuevas preguntas sociológicas a la escuela, sobre todo en lo que concierne al proceso de educación

12.1: Si durante mucho tiempo, la integración de la sociedad fue el problema fundamental de la escuela, en ningún lugar, sin embargo, la escuela fue enteramente desprovista de inquietudes específicamente educativas. Por lo general, éstas tomaron la forma de un condensado de figuras éticas que en última instancia se suponían estaban al servicio de la cohesión moral de la sociedad. El proceso, en sus grandes líneas, es bien conocido. Toda sociedad ha visto sucederse en el curso de la historia diversas figuras éticas del individuo que sintetizaban, de manera idealizada, las más altas virtudes en las que creía un colectivo. Por supuesto, se sabía que estas figuras de excelencia no se correspondían enteramente con la realidad: las versiones personales no eran, a lo más, e inevitablemente, ensayos aproximativos. Y sin embargo, la presencia de estas figuras éticas era constante. Ellas dictaban una suerte de objetivo personal, inalcanzable, arraigado en un ideal colectivo, y hacia el cual tendían, con más o menos éxito, los individuos. En todo caso, estas figuras éticas animaron de manera importante la función propiamente educativa de la escuela. En Occidente, la iglesia y la escuela, hoy en día tendencialmente los medios de comunicación de masa, han sido los vectores privilegiados de su transmisión (y de su construcción).

12.1.1: En todos los casos, el individuo es aspirado hacia una figura ideal sin poder jamás lograr, salvo en casos muy excepcionales, encarnarla enteramente. La imposibilidad de la encarnación plena de estas figuras éticas es justamente escondida y entretenida por el culto colectivo a los individuos que las habrían encarnado: los santos en la figura ética religiosa; los héroes en la figura ética, apenas laicizada, de las sociedades nacionales.

12.1.2: Sin embargo, y a pesar de lo anterior, la figura educativa transmitida por la escuela en los últimos siglos posee, bien vistas las cosas, un perfil único y transhistórico. En todos los casos, en efecto, se supuso que la socialización debía conducir a la producción de un sujeto, definido por su capacidad a actuar frente al mundo exterior, dueño de sí mismo, autónomo y capaz, por ende, de juicio crítico. En el fondo, la figura educativa transhistórica clave es la de un individuo capaz de actuar de manera autónoma, de controlarse desde su fuero interior, ser capaz, en sus versiones más heroicas, de conservar su «sangre fría» incluso cuando el mundo exterior, «su» mundo exterior, se desmorona... Este modelo tradicional del individuo



(autónomo, independiente, autocontrolado y expresivo) no está cerrado a los otros, puede incluso valorizar el sacrificio de sí o la solidaridad, pero en todos los casos debe ser capaz, existencialmente, de mantenerse como individuo desde el interior (Mar-tuccelli, 2007b). Es este modelo heroico del sujeto el que de una u otra manera se encuentra en el zócalo de las virtudes transmitidas por la escuela.

12.2: El estudio de la concreción personal permite comprender por qué esta figura educativa es cada vez más una mistificación. Más allá de la tradicional y necesaria distancia entre el modelo ético del sujeto y las encarnaciones reales, se generaliza un verdadero hiato, una disociación entre un modelo normativo que insiste en que los individuos deben sostenerse desde dentro y la realidad de individuos que, cada vez más, son en la práctica mantenidos desde fuera. Dada la transformación de los vínculos sociales, el individuo moderno, en el momento mismo en el que debe devenir efectivamente dueño y señor de sí-mismo, se manifiesta como particularmente desprovisto para realizar esta tarea.

12.2.1: La oposición se establece así entre un modelo normativo que afirma como valor central el imperativo de individuos capaces de auto-sostenerse y la realidad práctica de actores que, dadas sus condiciones de vida, sólo pueden auto-sostenerse en la medida en que disponen de un conjunto de soportes. El conflicto mayor no se establece pues entre dos figuras de la individualidad, como lo señaló Riesman ([1950] 1981) en los años cincuenta, oponiendo a los individuos dirigidos desde dentro los individuos dirigidos por los otros. El problema fundamental no se plantea a nivel de las orientaciones de acción, sino en términos existenciales. Decir que los individuos son mantenidos desde el exterior no quiere decir que los individuos son gobernados por la mirada de los otros (lo que en el fondo, y bien vistas las cosas, no es sino una inflexión del antiguo modelo normativo, el centro moral desplazándose del interior hacia el exterior), sino que lo son gracias a un conjunto de soportes diversos, simbólicos y prácticos, conscientes o inconscientes, que cada individuo posee o es capaz, al menos parcialmente, de reconstruir alrededor suyo. Es este tránsito que subraya el paso de la madurez a la concreción.

12.3: La novedad de uno de los grandes dilemas educativos al cual son confrontados hoy los jóvenes procede de esta situación. La mayor parte de los agentes de socialización (y en primer lugar, los padres y los profesores) continúan afirmando el valor normativo de un sujeto capaz de auto-sostenerse desde el interior; aún más, frente a la incertidumbre creciente del mundo este llamado se convierte en el *leit motiv* de un buen número de consejos de educación. Pero por el otro lado, en la vida social real, los individuos, todos los individuos, se adecuan cada vez menos a este modelo, pues se encuentran en profundo desfase con esta representación dominante, a tal punto que cada vez más los individuos se mantienen —cuando aún son capaces de controlarse— gracias al diferencial de soportes que gozan.

12.3.1: Este modelo normativo de socialización alimenta hoy una forma particular de desigualdad social. Desde él, se traza una línea de demarcación que separa, por un lado, aquellos que logran recrear un conjunto suficientemente denso y diverso de soportes sociales (familiares, afectivos, empleo, políticos, asociativos...) y que piensan aún, a veces en medio de una tenaz mala fe, como sosteniéndose desde el interior y, por el otro lado, todos aquellos definidos por la ausencia o la escasa

legitimidad de sus soportes sociales (que no son pues prácticamente, como el grupo anterior, mantenidos desde el exterior), y a quienes se obliga, paradójicamente, a sostenerse desde el interior. Los jóvenes se encuentran por lo general en esta situación. O bien no disponen de soportes (como por ejemplo el trabajo) o bien sólo se encuentran bajo la presión de soportes que son juzgados de manera negativa por los adultos (en primer lugar el grupo de pares o sus actividades culturales electivas).

12.3.2. Muchas veces lo propio del trabajo social dirigido hacia la juventud consiste en la producción más o menos artificial de un conjunto de estructuras intermedias capaces de asegurar la inserción social de individuos caracterizados por la escasez de sus vínculos sociales o por el carácter ilegítimo de sus soportes. En el fondo, se trata de recrear para los jóvenes una situación de control que reproduzca, al menos parcialmente, las situaciones de vida de los grupos sociales más fuertemente insertos. Pero, una y otra vez, estos soportes se suponen al servicio de la construcción de un individuo capaz de autosostenerse desde el interior.

12.3.3: En este punto, es preciso que una verdadera toma de conciencia crítica se desarrolle. La escuela vehicula hoy en día una figura ética que esconde un privilegio social, puesto que propone un modelo impracticable y falaz para muchos jóvenes, y sobre todo, entretiene una mala fe colectiva que alimenta una prueba de dominación tanto más dura y devastadora que se trata de la percepción subjetiva que el individuo posee de sí mismo. Es necesario que la escuela revise su figura educativa a fin de darle más espacio a los soportes de los actores, y transmita una concepción menos solipsista del individuo, en la cual, gracias al reconocimiento de todo lo que debemos a nuestro ambiente social, se forjen sujetos más acordes con las virtudes que se les exige. Una perspectiva que invita, sino necesariamente a transitar de la madurez a la concreción personal, por lo menos a interrogar, desde esta última, y sobre nuevas bases, el trabajo y la significación educativa de la escuela.

Recibido el 28/8/1012. Aceptado el 26/9/2012

BIBLIOGRAFIA

- ALEXANDER, Jeffrey, *Sociología cultural*, Barcelona, Anthropos, 2000.
- APPADURAI, Arjun, *Modernity at large*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1996.
- ARAUJO, Kathya, *Dignos de su arte*, Madrid/Francfurt, Iberoamericana, 2009.
- ARAUJO, Kathya, MARTUCCELLI Danilo, *Desafíos comunes. Retrato de la sociedad chilena y sus individuos*, Santiago, LOM Ediciones, 2012 (2 tomos).
- ASCHER, François, *Ces événements nous dépassent, feignons d'en être les organisateurs*, La Tour d'Aigues, Editions de l'Aube, 2000.
- BALLION, Robert, *Les lycéens et leurs petits boulots*, Paris, Hachette, 1994.
- BARRERE, Anne, *Les lycéens au travail*, Paris, P.U.F., 1997.





- , *L'éducation buissonnière*, Paris, Armand Colin, 2011.
- BAUMAN, Zygmunt, *La cultura como praxis* [1999], Barcelona, Paidós, 2002.
- BECK, Ulrich, BECK-GERNSEIM Elisabeth, *Individualization*, London, Sage, 2001.
- BELL, Daniel, *Las contradicciones culturales del capitalismo* [1976], Madrid, Alianza, 1982.
- BODEI, Remo, *Destinos personales* [2002], Buenos Aires, El cuenco de plata, 2006.
- BOULTE, Patrick, *L'individu en friches*, Paris, Desclée de Brouwer, 1995.
- BOURDIEU, Pierre, *Méditations pascaliennes*, Paris, Seuil, 1997.
- CABRERA, Miguel Ángel, *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Madrid, Ed. Cátedra, 2001.
- CARADEC, Vincent, MARTUCELLI Danilo (eds.), *Matériaux pour une sociologie de l'individu*, Ville-neuve d'Ascq, Septentrion, 2004.
- DELEUZE, Gilles, GUATTARI Félix, *Mille plateaux*, Paris, Minuit, 1980.
- DUBET, François, MARTUCELLI Danilo, «Théories de la socialisation et définitions sociologiques de l'école», *Revue française de sociologie*, octobre-décembre 1996, xxxvii-4, pp. 511-535.
- , *En la escuela* [1996], Buenos Aires, Losada, 1998.
- DURKHEIM, Emile, *Le suicide* [1897], Paris, P.U.F., 1995.
- EHRENBERG, Alain, *La fatigue d'être soi*, Paris, Odile Jacob, 1998.
- ELLIOTT, Anthony, *Critical Visions*, Maryland, Rowman & Littlefield Publishers, 2003.
- FERRARA, Alessandro, *Reflective Authenticity*, London, Routledge, 1998.
- GARCÍA, CANCLINI Néstor, *Culturas híbridas* [1989], México, Grijalbo, 1990.
- GERMANI, Gino, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1962.
- HARVEY, David, *The Condition of Postmodernity*, Cambridge, Basil Blackwell, 1989.
- GIDDENS, Anthony, *Modernity and Self-Identity*, Cambridge, Polity Press, 1991.
- GOFFMAN, Erving, *Les cadres de l'expérience* [1974], Paris, Minuit, 1991.
- GRAMSCI, Antonio, *Cahiers de prison* (10-13), Paris, Gallimard, 1978.
- , *Cahiers de prison* (19-29), Paris, Gallimard, 1991.
- JAMESON, Fredrik, *Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism*, Londres, Verso, 1991.
- LATOUR, Bruno, *Changer de société. Refaire de la sociologie*, Paris, La Découverte, 2006.
- LASCH, Christopher, *Le complexe de Narcisse* [1979], Paris, Robert Laffont, 1980.
- LUHMANN, Niklas, *Social Systems* [1984], Stanford, Cal., Stanford University Press, 1995.
- MARTUCELLI, Danilo, *Sociologies de la modernité*, Paris, Gallimard, 1999.
- , *Dominations ordinaires*, Paris, Balland, 2001.
- , *La consistance du social*, Rennes, P.U.R., 2005.
- , *Forgé par l'épreuve*, Paris, Armand Colin, 2006.
- , *Cambio de rumbo*, Santiago, LOM, 2007a.
- , *Gramáticas del individuo* [2002], Madrid, Losada, 2007b.
- , *La société singulariste*, Paris, Armand Colin, 2010.
- PARSONS, Talcott, *Social Structure and Personality*, New York, The Free Press, 1964.

- RICOEUR, Paul, *Le conflit des interprétations*, Paris, Seuil, 1969.
- RIESMAN, David, *La muchedumbre solitaria* [1950], Barcelona, Paidós, 1981.
- SEN, Amartya, *Inequality Reexamined*, Oxford, Oxford University Press, 1992.
- SOMERS, Margaret, «What's Political or Cultural about de Political Culture Concept? Toward an Historical Sociology of Concept Formation», *Sociological Theory*, 13, 2, 1995, pp. 113-144.
- SORJ, Bernardo, MARTUCCELLI Danilo, *El desafío latinoamericano: cohesión social y democracia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.
- SOULÉ, Jérémie, *L'expérience de stage de fin d'études supérieures: l'expérience des contraintes et du monde «réel» au travail*, M2R, Université de Lille 3, 2007.
- TAYLOR, Charles, *Sources of the Self*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.
- TERESTCHENKO, Michel, *Un si fragile vernis d'humanité*, Paris, La Découverte/MAUSS, 2005.
- THOMPSON, John B., *The Media and Modernity*, Londres, Polity Press/Blackwell Publishers, 1997.
- VEBLEN, Thorstein, *Théorie de la classe de loisirs* [1899], Paris, Gallimard, 1970.
- WALZER, Michael, *Critique et sens commun* [1987], Paris, La Découverte, 1990.
- WILLIAMS, Raymond, *Marxism and Literature*, Oxford, Oxford University Press, 1977.
- ZIZEK, Slavoj, *El espinoso sujeto* [1999], Buenos Aires, Paidós, 2001.

